NÚMERO III SETIEMBRE 7 DE 1898 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

RELIGION Y TEOSOFIA

Las primeras enseñanzas dadas á los hombres por misioneros iniciados en la evolución universal y las religiones, fueron la base del progreso humano.

Tales enseñanzas en su orígen, fueron tan superiores á las concepciones reinantes, que parecieron ser enviadas por la misma divinidad; pero la luz que las iluminaba, nunca pudo mantenerse en toda su pureza. Bajo la acción doblemente destructora del tiempo y de la imperfección humana, disminuyó su valor primitivo gradualmente, hasta quedar convertidas en simple espejo, en el que se refleja el nivel moral é intelectual de sus adeptos.

Los esfuerzos que se hicieron para conservarlas en toda su integridad, sólo dieron resultados negativos. Algunos pocos se aprovecharon de la ignorancia general para arrogarse el privilegio de interpretar las Escrituras que contenían la palabra de los Maestros y constituyeron las castas sacerdotales; la verdad fué, pues, monopolizada y el progreso detenido. Sus enemigos adulteraron los textos en beneficio propio, siendo facilitada su nefasta tarea, por la transformación del lenguaje que hacía á aquellos incomprensibles para la masa ignorante.

Sea que las religiones hayan degenerado hasta convertirse en una simple adoración de las fuerzas personificadas de la naturaleza, ó que, como el budhismo y el cristianismo conserven todavía un fondo de verdad ya no son ellas sino instrumento de servidumbre.

La letra muerta ha servido para atar á las conciencias y para cubrir las infamias de unos cuantos privilegiados.

Felizmente, ante las pretensiones de un clero fanático, ignorante ó perverso, la razón humana se reveló, y los hombres sinceros se alejaron de las iglesias. Muchos pidieron á la ciencia que reemplazara su fé perdida, y entusiasmados por los métodos de experimentación moderna, á los cuales deben tanto las ciencias físicas, quisieron generalizar su empleo, aplicándolo á las cosas del espíritu; pero, como este escapó á sus investigaciones, forzosamente incompletas, negaron su existencia, y concluyeron por creer que el hombre es sólo una aglomeración de células que se destruyen con la muerte.

Ellos, como los que seguían sugestionados por los sacerdotes, vieron sus afirmaciones combatidas por un pequeño número de espiritualistas convencidos, que se esforzaban por sacarlos de su error, pero sin resultado, por que no tenían una base experimental en la cual apoyar su fé, y sin ella, toda creencia es incierta. Los materialistas lo habían comprendido así, y sus trabajos hubieran sido muy útiles sin su obstinación en querer limitar los medios de investigar la verdad.

Tal era el estado de los ánimos cuando una série de publicaciones vino á llamar la atención de los pensadores independientes sobre una doctrina destinada, según ellos, á solucionar nuestras dudas, y á la cual daban el nombre de *Teosofía*. Se trataba, decían, de conocimientos comunicados por ciertos hombres, que se los trasmitían de generación en generación, desde tiempos inmemoriales, habiéndolos adquirido gracias á un deseo ardiente de saber, unido á una alta moralidad. Esos conocimientos, fueron siempre accesibles á los trabajadores siceros, pero las leyes cíclicas que rigen el progreso humano, se opusieron á su vulgarización. Parece que nuestra época está mejor preparada para recibir esas enseñanzas, y es esta la causa por la cual somos favorecidos con ellas.

Definir la Teosofía es tarea superior á nuestra mente, pues esta solo puede abarcar algunos de sus aspectos. La Teosofía, es la verdad que encontramos en el fondo de todas las religiones; ella se dirije á nuestra conciencia, á la cual ilumina y también á nuestra razón, á la cual dirije y fortalece.

La Teosofía, es la piedra de toque que nos ayuda á distinguir lo verdadero de lo falso; es la voz que murmura al oido del hombre de buena voluntad y le dice: « aprende á conocerte y á pensar por tí mismo, sé útil á los demás, y estudia las creencias agenas para buscar los puntos que pueden servir de lazo de unión entre ellas».

A la Teosofia es aplicable la palabra del gran teósofo, fundador de la

religión cristiana, quien decía: «Mi yugo es fácil de llevar», pues deja á cada hombre, completa libertad de emplear sus fuerzas según sus aptitudes. Le exige solo la unidad del fin, admitiendo la variedad de los medios, pero no dice, como lo creyó un pensador extraviado, que esto lo justifica, sino que toda acción pura dirijida hácia un fin puro, dará resultados útiles para los demás y para sí mismo.

Nos afirman que la Teosofía no se limlta á especulaciones metafísicas, que ella dá la prueba de sus enseñanzas á quien la busca con sinceridad y voluntad firme. Cuando dice al hombre, aprende á conocerte, le dá los medios de seguir su consejo, haciéndole ver que está compuesto de varios princi pios, y que puede separar á unos de otros.

Le demuestra, además, que la naturaleza en medio de la cual se encuentra tiene una composición análoga, estando formada de varios planos. El hombre que vive principalmente en el plano físico, puede penetrar en otros planos, por medio de un desarrollo especial y actuar conscientemente en ellos. Es así como llegará á darse cuenta de que lo que llamamos muerte es solo un cambio de estado, y que morir en un plano, es nacer en otro plano. Es así también, como comprenderá que todas sus acciones están inscriptas en el libro de vida ó registro akásico, y que, como consecuencia de ellas, es feliz ó desgraciado.

A medida que progrese, entrará en comunicación con otros séres que son como él ha sido ó como él llegará á ser, y sus facultades ensanchadas le harán ver nuevos horizontes, y así hasta lo infinito.

Deslumbrados por promesas tan grandiosas, debemos evitar ante todo, el aceptarlas con fé ciega. La intuición en el plano moral, como los ojos en el plano físico, son sólo instrumentos de investigación, que deben ser sometidos á nuestra razón. No obstante, debemos recordar que quienes nos hablan así en nombre de la Teosofía, nos han dado pruebas, muchas veces, de su valor como instructores, y por consiguiente merecen que consideremos sus afirmaciones con respetuosa atención, hasta que nos encontremos suficientemente adelantados para verificarlas por nosotros mismos.

Hay dos modos de formar un juicio crítico sobre un punto determinado: Consiste el primero en someterlo á nuestra razón con la voluntad de encontrar el error que encierra; y el segundo, en buscar la verdad sin idea preconcebida. De los dos, es el primero el que debemos emplear.

Vivimos en un siglo de gran actividad, y la lucha por la existencia material alimenta constantemente en nosotros el temor de perder nuestro tiempo, por

cuyo motivo exigimos, en todo, resultados prácticos inmediatos. Las condiciones á que debemos someternos para llegar á palpar esos resultados, nos parecen demasiado difíciles, y muy semejantes á los consejos de las religiones.

Reconocemos que al abandonar todo deseo de interés personal, el ser justos en todos nuestros actos públicos y privados, el querer el bien de todos los hombres y considerarlos como nuestros hermanos, son virtudes dignas de ser adquiridas, pero las encontramos demasiado lejanas y sútiles. Desearíamos estar en contacto con Adeptos, para que nos pongan pronto en condiciones de poseer las fuerzas desconocidas de la naturaleza, y como no siempre encontramos á aquellos, pasamos de las más grandes esperanzas á la más completa desconfianza.

Tenemos, pues, que evitar dos peligros: el de la *fé ciega* y el de la *negación ciega*.

Para preservarnos del primero, nos bastan las mismas enseñanzas teosóficas, las que nos recomiendan el aprender á pensar por nosotros mismos, y en cuanto al segundo, el exámen de lo que sabían y de los poderes que poseían, discípulos tan adelantados como H. P. Blavatsky, nos demostrará suficientemente, que no se trata de una filosofía nebulosa y sin fundamentos, sino de enseñanzas que aceptadas por nosotros como norma de nuestra vida, nos ayudarán á alcanzar grandes conocimientos morales y positivos, los que nos permitirán el ser cada día más útiles á nuestros semejantes.

E. B.
M. S. T.

EL ESPIRITU TEOSOFICO (1)

La Teosofía difiere de las religiones de un punto capital.

Las religiones dicen á sus fieles: creed en lo que os enseñamos y os salvareis; creed sin saber, creed sin comprender, y aún sin tratar de comprender, pues lo que enseñamos, aunque verdad es incomprensible para el hombre durante la vida presente. En la vida futura solamente el hombre será capaz de comprender esas verdades y para llegar á ser feliz en esa vida

(1) Traducido del «Lotus Bleu».

futura, donde será omnisciente, un solo medio está á su disposición: cree ciegamente en lo que le enseñamos adaptando su conducta á las reglas que le trazamos.

La religión católica se distingue, entre todas, por la energía que pone al hacer esta recomendación.

La Teosofía nos dice al contrario: No creais en nada antes de haberlo comprendido. Vá más lejos, dice aun: Nada podréis comprender totalmente, sin antes haberlo visto ó percibido. En esto se aproxima á la filosofía materialista y á la filosofía positivista; participa de sus modos de ver con respecto á las relaciones del hombre y del mundo. Pero, sin embargo de esta semejanza, se distingue de una manera radical afirmando la existencia, exteriormente á nosotros, de otra cosa de lo que nos hacen percibir nuestros sentidos físicos é, interiormente á nosotros, de otros sentidos que estos, capaces de ponernos en relación con los planos de existencia que son inaccesibles á aquellos.

Entre los positivistas que han reflexionado sobre esto largo tiempo, hay algunos, como Stuart Mill, que han llegado á un estado de espíritu capaz de comprender las doctrinas teosóficas, como lo confirman los dos pasages siguientes del positivista inglés:

«Sería absurdo suponer que nuestro vocabulario agotára la posibilidad del *Ser*. Puede haber innumerables modos inaccesibles á nuestras facultades y que por consiguiente somos incapaces de denominar».

«La inconcebilidad de una cosa no prueba que las leyes del universo no puedan realizarla.»

La Teosofía dice: teneis facultades y es para ejercitarlas; casi todas están en un estado de desarrollo rudimentario; vuestra tarea es traerlas á un estado de desarrollo completo; teneis inteligencia para comprender; ensayad hacerlo á riesgo de equivocaros; sois capaces de raciocinar: raciocinad aun á riesgo de caer en el error, pues el error conquistado por vuestra actividad intelectual es de una naturaleza superior, bajo el punto de vista humano, á la verdad admitida sin que la comprensión haya tomado parte en su adquisición.

Examinad, estudiad todo lo que se ofrezca á vuestra percepción y á vuestra concepción. No ofrezcais á nada el respetuoso homenage de vuestra ignorancia, porque en el universo nada hay, absolutamente nada, que sea en esencia superior á vosotros, ni hombres, ni dioses.

Es á causa de este espíritu de independencia absoluta de la Teosofía, que los sectarios de todas las religiones le son tan hostiles. Si este espíritu de independencia se hiciere activo en todos los cerebros humanos, las religiones

particulares no tardarían mucho en ser disueltas en el crisol del razonamiento en el fondo del cual no dejarían sino las partículas de verdad contenidas en sus dogmas como el metal puro es contenido en el mineral.

Apliquemos, por ejemplo, nuestra facultad de comprender á la noción del Dios de los católicos.

Dios, nos dicen los catecismos, resumen de la doctrina católica al uso de la plebe intelectual, es un ser infinitamente perfecto, creador del cielo y de la tierra, y dueño absoluto de todas las cosas. Por él el hombre ha sido creado á su imágen y semejanza, para que le conozca, le ame, le sirva y por estos medios adquiera la vida eterna.

Si nacemos súbitamente de la nada, si somos hechos de la nada por Dios, si somos creados únicamente para esta vida terrestre pasagera y para la vida eterna celeste ó infernal que la sigue ¿por qué no somos todos iguales en todo punto de vista? ¿Por qué existen entre nosotros, desde el nacimiento, diferencias físicas, intelectuales y morales? ¿Por qué somos colocados los unos en las condiciones necesarias para ser virtuosos y adquirir la beatitud eterna y los otros en condiciones tales, que, fatalmente, tengan que hacerse viciosos y por consiguiente sufrir una eterna condenación? ¿Por qué ricos y pobres, sabios é ignorantes? ¿Por qué los unos son asaltados de tentaciones á las cuales es imposible resistir, mientras que otros no encuentran sobre el camino de la salvación más que ligeros obstáculos que pueden separar desdeñosamente con su pié? Porqué cuerpos sanos y cuerpos enfermos? ¿Por qué espíritus bien equilibrados y espíritus mal organizados? ¿Por qué corazones llenos naturalmente del perfume de las virtudes, mientras que otros, no menos naturalmente, exhalan la fetidez de todos los vicios?

El creador, autor de estas oposiciones, es talvez un ser infinitamente perfecto, pero á buen seguro no es un ser ni siquiera microscópicamente justo. Todo hombre razonable está obligado á considerarle como un ser eminentemente caprichoso, más caprichoso que la más fantástica de las mujeres nerviosas, que la más desquiciada de las histéricas, ser que no es guiado en el ejercicio de su poder creador sino por impulsiones infinitamente fantasistas.

Ese Dios desprovisto de justicia é ignorante de la lógica, pues el capricho es su sola regla, ha creado al hombre para que le conozca, pero ha tenido cuidado de envolver su propia naturaleza con tal velo de misterio, que el hombre no puede saber nada de él durante la vida terrestre. Sobre este punto los sacerdotes nos advierten caritativamente que la naturaleza de Dios no está al alcance de la comprensión humana. No tenemos inconveniente en creerles;

solamente pensamos tener el derecho de preguntarles si ellos son más que hombres para hablarnos de Dios é interpretarnos sus decisiones. De esta simple cuestión nació antiguamente el protestantismo.

Dios nos ha creado para amarle. ¿Amar á quién? á alguien de quien no podemos comprender la naturaleza, á alguien con quien de ningún modo podemos entrar en relación. Pero el amor es una relación de atracción entre dos seres que experimentan idéntica sensación. Nosotros no podemos sentir nada en Dios de idéntico ó de no idéntico á nosotros, pues su naturaleza es un insondable misterio.

Nos ha creado para servirle: ¿Cómo haríamos para servir á un sér del cual no comprendemos nada? ¿Cómo saber si, por nuestros actos, cualesquiera que ellos sean, no hacemos justamente lo contrario de lo que él desea, desde que no podemos conocer nada de sus deseos?

En resúmen, el Dios de los católicos sería un sér fantástico, que crea por puro capricho; un sér injusto é ilójico, pues impone las condiciones de existencia las más diferentes, las más opuestas, á hombres que él ha creado para el mismo fin; un sér egoista, pues ha creado al hombre para obtener satisfacciones; un sér vanidoso, pues quiere que se le manifieste el amor que se esperimenta por él, con elojios incesantes; un sér odioso, pues condena al eterno sufrimiento á aquel que rehuse cantar sus alabanzas y quemar bajo su nariz,—si es que la tiene,—el incienso de la adulación.

Si Dios ha hecho el hombre á su imájen, el hombre le ha pagado bien, ha dicho Voltaire. Pero no es el hombre el que ha hecho el Dios de los católicos á su imájen, es el santurron. Ese Dios no es otra cosa que el carácter del beato abultado en proporciones gigantescamente ideales.

Si el verdadero Dios fuera como lo pintan los devotos, sería un triste señor y deberíamos agradecer al Destino, dueño de los Dioses y de los hombres, no haber hecho de nosotros sino hombres, porque por poco que valgamos, tenemos aún alguna superioridad de naturaleza sobre un sér de esa especie.

He aquí una muestra de las conclusiones á las cuales puede conducir sobre un sujeto dado el espíritu de independencia proclamado por la Teosofía. Solamente, que esta no fuerza de ninguna manera á nadie á ejercer ese espíritu sobre un sujeto más que sobre otro; aconseja ejercitarlo sobre todos dejando libertad completa para hacerlo ó abstenerse.

Admite, además muy bien, que el Dios de los católicos sea considerado desde otro punto de vista y haciéndolo así se llegue á conclusiones muy diferentes de las que acaban de ser enunciadas. Es necesario hacer notar que estas no se re

lacionan sino á lo que hay de racionalmente falso en la noción católica de Dios y de sus relaciones con el hombre; pero eso no constituye la noción completa, y existen elementos de verdad que merecen consideración y que valen la pena de ser proclamados.

Lo que distingue á la Teosofía de las religiones, es justamente esta tolerancia que le permite admitir conclusiones que resultan de puntos de vista opuestos. Ella no quiere que las cosas sean consideradas de un solo lado, pues afirma que no se las puede conocer totalmente sinó considerándolas por todas sus faces.

Por esta amplitud de comprensión, la Teosofía engloba todas las religiones, ya sea que estas lo consientan ó lo prohiban; porque las religiones son grupos de nociones sobre el hombre y el universo establecidas examinando al universo y al hombre desde una sola faz, mirándolos bajo un solo punto de vista, arbitrariamente considerado como el único que permita verlos bien.

Guymiot.

EL ELECTROIDE Ó FLUIDO UNIVERSAL [1]

Hace algún tiempo hablamos á nuestros lectores de un fluido particular descubierto por Fr. Rychnowsky, distinguido ingeniero polaco, y al que ha denominado *electroide* á causa de sus afinidades con el fluido eléctrico.

V. R. Lang, de la ciudad de Lemberg, donde Rychnowsky dirije un conocido instituto mecánico, se ocupa á su vez de dicho descubrimiento en un artículo publicado en los *Psychische Studien*, del que reproducimos la mayor parte de las consideraciones que siguen, llamando sobre ellas la atención de todos los sábios.

Según Rychnowsky, el electroide es generado por el sol; se halla difundido por toda la atmósfera, y el hombre lo absorbe y lo irradía de una manera

(1) Traducido de "La Lumière" de Junio de 1898.

contínua. Se presenta bajo la forma de una especie de substratum de la electricidad, siendo ésta y los reactivos químicos los agentes de que se sirve para producirlo. Tiene, también, afinidades evidentes con la luz, el calor y la electricidad, por lo que Rychnowky se inclina á ver en él la fuente primordial de dichas energías, y lo identifica con el éter, encontrando que, por lo menos, es una modalidad de éste.

El Dr. Niemilowicz, profesor de la Universidad de Lemberg, lo considera como oxígeno condensado (O^5), mientras que Rycnowsky lo asimila más bien al hidrógeno (que supone descomponible) porque actúa mejor sobre los compuestos hidrogenados.

Se puede decir, sin exageración alguna, que los efectos producidos por el electroide, exceden, seguramente, en intensidad y multiplicidad, á los de todas las radiaciones descubiertas recientemente, lo que, por el momento, no ha permitido á Rychnowsky presentar un cuadro sistemático completo de sus tan variadas acciones.

El procedimiento para producir el fluido es un secreto de su inventor; lo único que se sabe es que lo obtiene por electrólisis, y que el aparato se compone de un enérgico dinamo de tensión constante y de una caja de reducido volumen, abierta lateralmente para dar salida á un tubo de cauchut, por el cual corre el electroide cuando el generador es puesto en movimiento; otras veces el estremo del tubo de cautchuc es reemplazado por una punta metálica ó de vidrio. El aparato no tiene conductor filiforme, y el fluido sale libremente al exterior, pudiendo ser dirijido á distancia sobre los objetos que se quiere influenciar.

La rapidez de propagación es muy pequeña, y de ahí proviene la denominación de *fluido* que siempre suena de una manera tan extraña en los oídos de los sabios.

Lang ha tratado de clasificar provisoriamente sus efectos.

I—*Fenómenos luminosos*—1.° En la oscuridad así como á la luz roja, el electroide fluye del orificio del tubo de cautchuc, en forma de un haz de rayos violeta-claro, dividido, semejante á un cono colocado sobre su punta.

2.° Si se aproxima al cono luminoso un tubo de Geissler, se vé á este encenderse con una llama fosforecente, de color lila pálido (para otros verde pálido), que se convierte en azul violeta intenso al nivel de la primera estrechura del tubo. El mismo fenómeno se produce si se coloca el tubo de Geissler á o.8om., ó á un metro, de la fuente productora, y en todos los azimutz alrededor de ella. En otros términos, el aire ambiente es modificado por el electroide en el radio de un metro de distancia.

Con un aparato más poderoso, cuya construcción proyecta Rychnowski, la acción del electroide podrá ser apreciable á una distancia de varios centenares de metros.

3.° Si á un tubo de Geissler, así iluminado, se aproxima otro tubo de Geissler, este se ilumina á su vez, y así sucesivamente. El agente se propaga mejor produciendo en los tubos el vacío. Además, el vidrio es su mejor conductor, contrariamente á lo que sucede con la electricidad.

4.° Una voluminosa ampolla de vidrio como las que sirven para el alumbrado eléctrico por incandescencia, se ilumina en las mismas condiciones que el tubo de Geissler, lo que se puede observar mejor debido á la dimensión de la ampolla.

El fenómeno se presenta en forma de remolinos azulados y nebulosos, especie de humo luminoso.

5.° Si se coloca una ampolla de vidrio así cargada en un vaso abierto de la misma materia, y lejos del aparato productor del electroide, dicho vaso se ilumina á su vez.

6.° Esta misma luz azulada y difusa (semejante á la luz del día), se obtiene también en grandes lámparas, como las que emplea á Tesla.

Los experimentos están todavía en su período de ensayo, de manera que no se ha podido obtener todavía un alumbrado intenso.

7.° En estado de reposo, ó cuando el agente encuentra grandes obstáculos, tales como paredes espesas de vidrio, etc., tiende á condensarse en glóbulos blancos y luminosos.

8.° Lang ha expuesto sucesivamente á la acción del fluido cristales de cuarzo, de espato fluor y de sal gema. El cuarzo se ilumina débilmente en su extremidad superior, y el espato fluor más débilmente que el anterior, sin que uno ni otro parezcan ser penetrados por él.

Interceptando la salida del fluido con el cristal de espato fluor, aquel se escapa lateralmente en haces radiantes y luminosos bastantes largos, que contornean las aristas inferiores del cristal. Por el contrario, el fluido luminoso penetra el cubo de sal gema bajo la forma cilindro-cónica, convergiendo hacia su cara superior, lo que comprobó Lang, al acercar su dedo, viendo aparecer entre éste y el cristal algunos glóbulos blancos luminosos, parecidos al resplandor del fósforo, y que quedaron adheridos á la mano durante un segundo, más ó menos.

Ninguno de los tres minerales es buen conductor del fluido.

II -- *Efectos fotoquímicos*—1.° La luz del electroide influencia vivamente la

placa fotográfica, sin necesidad de aparato, y el fluido mismo, si se proyecta sobre la placa, produce manchas en forma de copos.

2.° Cuando el fluido ha sido canalizado por puntas de vidrios, tubos de Geissler, etc., su luz llega á ser más intensa, produciendo en la placa imágenes muy netas y muy curiosas, que se presentan siempre como un núcleo brillante rodeado de una zona luminosa más débil. También se observa de distancia en distancia la reproducción de pequeños glóbulos luminosos.

3.° Hé aquí una experiencia sumamente interesante: sobre una placa fotográfica se pone un enrejado de fierro, encerrándo el todo en una caja de madera.

Las radiaciones del electroide atraviesan la madera, iluminan al metal y son absorvidas por éste, que á su vez se convierte en un foco luminoso, cuyos rayos se proyectan fuera de la caja en distintas direcciones.

Dicho fenómeno es muy visible en la placa fotográfica.

4.° Por medio del electroide se puede obtener copias de fotografías ordinarias. Si se superpone exactamente las dos placas, la copia sale manchada con algunas imágenes de glóbulos luminosos, inconveniente que se puede evitar dejando cierto espacio entre ambas placas.

III—*Fenómenos de movimiento*—1.° Cuerpos móviles alrededor de un eje, como esferas de vidrio, globos terrestres, bolas de ambar, etc., giran cuando, se les somete á la acción del electroide, por medio de un tubo de caucho colocado á algunos centímetros de distancia. Para facilitar el fenómeno es mejor imprimirles una primera impulsión con el dedo.

2.° Si se dirije el fluido sobre dos anillos concéntricos, uno gira á la derecha y el otro á la izquierda, lo que ha sugerido á Rychnowsky una teoría sobre el movimiento de los cuerpos celestes.

3.° En un embudo fijo en un soporte y lleno de petróleo, en el que flota un bolita de vidrio cubierta de lacre, se hace llegar una corriente del fluido electroide por medio de un tubo de caucho fijado en su parte inferior. Si se acerca el dedo la bolita gira rápidamente, pareciendo producirse una especie de atracción entre ambos, oyéndose al mismo tiempo un ruido crepitante. La sensación experimentada es parecida á la que causa el contacto con telas de araña.

4.° Un penacho de algodón de cuatro hebras fijado en el aparato, se pone en movimiento cuando se le presenta el dedo ú otro objeto cualquiera. Las hebras se dirijen hacia al objeto con graciosos movimientos, como brazos de un polípero. Rychnowsky ha aprovechado este fenómeno, fabricando una muñeca cómica que hace los mismos movimientos con sus brazos, sus piernas y su cara, y cuyos ojos son luminosos.

5.° La seda ocal es atraída por ampollas de vidrio cargadas de fluido, y rechazadas enseguida, por saturación. Copos de algodón colocados encima de una gruesa bola de vidrio tienden á agruparse en el centro de la bola.

6.° Si se coloca una lámina, cubierta de arena, encima del orificio de salida, la arena es arrojada al aire, á semejanza del agua que brota de una fuente. Igual fenómeno ocurre con la ceniza, etc.

7.° Si se hace obrar la corriente de arriba á abajo en el agua contenida en un embudo, se forma un remolino. Si por el contrario, se hace llegar la corriente de abajo á arriba, el agua asciende lentamente á lo largo de las paredes del embudo, hasta que desborda; es este un interesante fenómeno de aumento de la fuerza de capilaridad. Algunas veces, con una corriente muy enérgica, el agua ha saltado hasta el techo.

8.° Cuando se cargan fuertemente las ampollas de vidrio, la fuerza de expansión del agente determina la ruptura de sus puntas. No se nota ninguna otra quebradura del vidrio.

Esta fuerza de expansión en línea recta del fluido, servirá sin duda para determinar su modo de propagación y su naturaleza.

9.° Si se carga de fluido una pequeña lámpara eléctrica por incandescencia cuyo hilo de carbón ha sido cortado previamente en uno de sus extremos, el hilo se pone á oscilar y es atraído por el vidrio, produciéndose una especie de campanilleo. Este fenómeno continúa algún tiempo después de haberse alejado la fuente generadora del electroide, sobre todo, si se pone en contacto con el vidrio, la nariz, el dedo ó cualquier otro objeto.

10. Las flores artificiales y los botones naturales se abren cuando se les coloca en el aparato.

11. Si por medio de un tubo de cautchuc se dirije el fluido electróidico sobre la llama de una lámpara de petróleo, empléandose como escitador una punta metálica, la llama se agita, se divide y se lanza á lo largo de las paredes de vidrio de la lámpara.

IV—*Acción sobre diversas sustancias*—Las experiencias son poco numerosas.

1.° Si se hace obrar el electroide sobre sangre fresca (nadando en albúmina), ésta no se coagula y dá nacimiento á formas originalísimas que Rychnowsky ha fotografiado, y que se modifican si se prolonga la acción del fluido. En una de estas fotografías se vé *una cabeza de hombre con barba*, lo que puede no ser sino una simple casualidad. Sin embargo, por la acción del electroide sobre los glóbulos sanguíneos, Rychnowsky piensa despertar el espíritu que los animaba y hacer revivir su forma corporal.

2.° El electroide ejerce en general una acción conservadora sobre las sus-

tancias orgánicas, destruyendo los bacterios de la fermentación. La yema de huevo por ejemplo, sometida á sus radiaciones se endurece y toma la apariencia del ambar.

3.° La carne de vaca, influenciada durante doce horas por el electroide se deseca poco á poco y adquiere un aspecto extraordinario al cabo de algunos meses. No se encuentra en ella ningún vestigio de músculo, pierde su olor y se cubre de una especie de costra oscura, roja por transparencia; pero conserva su sabor y machacándola en un mortero, se transforma en un polvo amarillento.

4.° Una gran lámina de celuloide, sometida á su acción, se cubre de toda una red de ramificaciones salientes, cuyo aspecto es de los más singulares.

5.° Diversas sustancias pulverizadas, como óxido de plomo (en el agua), polvo de licopodio coloreado, y almidón, se agrupan cada una de distinto modo, siguiendo líneas de fuerza, bajo la influencia de una corriente del fluido.

6.° El vino, bajo la misma influencia, adquiere un sabor muy fino, que lo asemeja á vino añejo.

V—*Acción sobre el hombre y otros organismos* —Las experiencias, aunque poco numerosas, hacen esperar mucho de la acción terapéutica del electroide.

Respirando el fluido se procuden los efectos siguientes:

1.° Un sueño tranquilo. Si la acción es prolongada, puede causar dispepsia é insomnio.

2.° El apetito aumenta, la digestión se activa.

3.° La potencia sexual también es aumentada

4.° Un enfermo que experimentaba fuertes dolores en un pié y que vino cojeando á ver á Rychaowsky, fué curado en pocos minutos.

5.° Se acelera el crecimiento de las plantas.

6.° Los bacilus son destruidos. Sería conveniente multiplicar á este respecto las experiencias.

VI—*Acción sobre los metales y el vidrio*—Se cargan eléctricamente.

Los metales, además, absorben el fluido, se calientan y se funden.

La mica (de la que hoy se usa para aisladores eléctricos) sometida durante cierto tiempo á la acción del electroide, y puesto en contacto con la mano, descarga en ella su electricidad, produciendo una gruesa chispa crepitante, y dolor en los dedos.

VII—*Salida del fluido*—1.° Es acompañado de una corriente de aíre frio. Si se cubre el aparato con un paño, éste se infla y presenta resistencia al tacto.

2.° Es acompañada de un ligero ruido, semejante á un murmullo.

3.° Difunde un fuerte olor á ozono, agradable y refrescante, parecido al de fósforos húmedos ó al del aire después de una tormenta, tambièn al olor de hojas frescas ó al de una llama; pero con una energía particular. El olor persiste algún tiempo en los dedos.

Bajo su acción, el agua adquiere este mismo olor, y un sabor vivificante. Hace mucho tiempo Rychnowsky había observado que el agua recien sacada es luminosa en la oscuridad, atribuyendo este fenómeno á la presencia del electroide. El agua sometida á su acción se vuelve también luminosa en la oscuridad.

VIII—*Acción sobre la aguja imantada*—La aguja se desvía cuando al acercarse á ella una ampolla de vidrio cargada de electroide.

IX—*Supresión de la gravitación*—Este hecho, sumamente importante puede evidenciarse:

1.° Por medio de una pequeña balanza-aguja; en una de sus extremidades se suspende un peso; y la otra se equilibra con un globo de vidrio, en el que previamente se hace el vacío. Según la dirección de la corriente del fluido (evitando todo contacto inmediato se eleva al globo ó al peso.

2.° Poniendo en comunicación con la tierra un aparatito especial compuesto de un tubo vertical, de vidrio, dentro del cual se coloca una bolita de la misma materia, agujereada en varias partes. Haciendo entrar por la parte inferior del tubo una corriente de electroide, la bolita es proyectada de abajo á arriba, ó también flota libremente.

Son todos estos un conjunto de hechos importantes, cuyo estudio profundo se impone; pero esto no será posible, en tanto que el autor mantenga secreto el modo de producción del fluido. Este tiene, sin duda, cierto parentesco con el od, pero ¿cuál?. Parece existir otra semejanza más estrecha con el éter de los físicos, ó mejor con el *akasa* de los hindúes.

Según Rychnowsky, sería la fuente de toda vida, la causa de todo movimiento, la sangre del Universo, originando por sus múltiples transformaciones todas las acciones enegéticas conocidas. Sea lo que fuese, el descubrimiento del sabio polaco tiene una importancia capital que no será posible apreciar en toda su extensión, sino después de nuevas experiencias.

DR. LUX.

ANÈCDOTA

Nos dice una antigua conseja que en el cruce de dos caminos, había un escudo colgado. Una cara del mismo era de plata, y la otra de oro. Dos caballeros ginetes en sus corceles venían cada cual por cada uno de los dos caminos. El primero esclamó: «¡Oh! qué hermoso escudo de plata». El otro caballero que venía por el camino desde el cual solo se veía la cara del escudo que era de oro, soltó la carcagada, y dijo: «No hay tal cosa, se equivoca Vd., el escudo es de oro». Esto hizo que el primer caballero se encolerizase y dijera con malos modos: «No es de oro, es de plata!» «Está Vd. ciego» contestó el otro», «Vd. es un imbecil», replicó el primero: y comenzaron á disputar acaloradamente. Justamente mientras bajaban del caballo, para comenzar á estocada limpia, llegó un tercer caballero, y preguntó que sucedía. Ellos se lo contaron. «Es muy extraño», dijo: «Voy á enterarme por mi mismo». Fué pues á enterarse de la verdad por si mismo, y se encontró que, s bien ambas superficies del escudo eran diferentes, era sin embargo el escudo uno tan solo.

De la misma manera las personas que caminan hácia la verdad por medio de diferentes religiones, ven aspectos diferentes de la misma, y, creyendo que solo uno de ellos es el verdadero, riñen y disputan. Pero el hombre que ama la verdad con la fuerza suficiente para buscarla por sí mismo encuentra que ambas caras existen y que son partes del mismo escudo. Así es que la investigación pacífica de la verdad y la facultad de poder mirar á ambos lados son muy superiores al exceso de orgullo y á la creencia de que únicamente nuestro camino es el verdadero.

Ahora bien, esta historia es un ejemplo de lo que son las enseñanzas esotérica y exotérica. El significado exterior es precisamente lo que acabo de contarte; es exotérico. La significación interna o esotérica, es que aquello á lo cual damos nosotros el nombre de espíritu y materia, ó lo divino y lo natural, no son cosas separadas en manera alguna. Cada una de ellas está en uno de os lados del mismo escudo; aparecen como diferentes, pero esto es tan solo una mera apariencia. El escudo, la causa, es una y la misma. Más adelante sabrás más cosas en lo que al espíritu y á la materia se refiere.

LA LICANTHROPIA

(CUENTO)

Hace de esto cuatro años. Viajaba por la región agrícola que se dividen al Este y al Oeste, respectivamente, las provincias de Córdoba y Santa Fé, provisto de las recomendaciones indispensables para escapar á las fondas atroces y espantosas posadas de aquellas colonias en formación. Mi estómago, vergonzosamente derrotado por los invariables salpicones olorosos á hinojo, y las fatales nueces del postre, pedia fundamentales refacciones. Mi última peregrinación debía efectuarse bajo los más tristes auspicios. Nadie sabía indicarme un albergue soportable en la población hácia la cual iba á dirigirme. Sin embargo, las circunstancias apremiaban, y ya me disponía á partir lamentando mi mala suerte, cuando el Juez de Paz del lugar, que me demostraba cierta simpatía, vino á proyectar un resplandor de esperanza en mi lóbrego sendero de transeunte.

—Conozco, me dijo, en tal parte, un señor inglés viudo y solo. Posee una casa que es lo mejor de la colonia y varios terrenos de no escaso valor. Algunos pequeños servicios que la naturaleza de mi cargo me puso en situación de prestarle, serán buen pretesto para la recomendación que Vd. desea, y que si es eficaz, le proporcionará un hospedaje envidiable. Digo si es eficaz, pues mi hombre, no obstante sus buenas cualidades, suele tener su «luna» en ciertas ocaciones, siendo, además, extraordinariamante reservado. Nadie ha podido penetrar en la casa que habita, si se exceptúa un dormitorio destinado á los huéspedes que recibe, muy escasos por otra parte. Todo esto quiere decir que va Vd. en condiciones nada ventajosas, pero es cuanto puedo proporcionarle. El éxito es puramente casual. Si con todo, Vd. quiere una carta de recomendación....

Acepté. Era una probabilidad, y luego el carácter extraño del personaje me atraia. Me he sentido siempre inclinado al absurdo, tal vez por instintiva repugnancia ante los profanados lugares comunes de la mayoría. Un misántropo no será nunca el peor de mis amigos, pues me parece notar en la misantropía cierto orgulloso desdén, que en último caso tiende á hacer de la amistad una especie de culto tan restringido como atrayente. Me entiendo mejor con Alcestes que con Almaviva. Emprendí, pues, mi viaje, llegando al punto de destino un día después. Nada tenía de atrayente el lugar. La estación,

con su techo de tejas coloradas, su andén pavimentado de carbonilla, su semáforo á la derecha, su pozo á la izquierda. En la doble vía del frente, media docena de vagones plomizos aguardando las bolsas de la cosecha. Más allá el galpón, bloqueado por grandes cargas de trigo; á raíz del terraplén, la pampa, con su color amarillento, como un vasto pañuelo de yerbas; casitas sin reboque, diseminadas en la distancia, cada una con su parva al costado; un ancho cielo manchado de nubes blancas; sobre el horizonte el festón de humo del tren en marcha; y un silencio de pacífica enormidad entonando el color rural del paisaje. Aquello era vulgarmente simètrico como todas las fundaciones recientes. Notábase rayas de mensura en esa fisonomía de pradera otoñal. Algunos colonos de las cercanías llegaban á la estafeta en busca de cartas. Pregunté á uno por la casa de mi presunto huésped, obteniendo inmediatemente las señas. Noté en el modo de referirse á él, que se le tenía por «hombre considerable». No vivia lejos de la estación. Unas diez cuadras más allá, hacia el oeste, al extremo de un camino polvoroso, que en la perspectiva de la tarde tomaba pobres coloraciones lila—distinguí la casa toda blanca, con su parapeto y su cornisa, de cierta gallardía exótica en la miseria de las viviendas circunstantes; su jardín al frente, detrás de la reja pintada de verde; el patio interior, rodeado por un tapial sobre cuyos bordes levantábanse ramas hojosas de durazneros y perales. El conjunto era agradable y fresco; buscábase instintivamente, en la galería que daba sobre el jardín, el delantal juicioso ó la hacendosa cofia de la patrona. Sin embargo, todo parecía deshabitado. En el silencio profundo de la tarde, allá sobre la campiña desierta, aquella casita, no obstante sus analogías de *chalet* industrioso, tenía algo de infinitamente dulce, y triste al mismo tiempo—algo de sepulcro nuevo en el emplazamiento de un antiguo cementerio. Cuando llegé ante la reja, noté que en el jardín había rosas, rosas de otoño, cuyo perfume consolador aliviaba como una caridad entre la fatigosa exhalación de las trillas. El edificio era muy sencillo. Después del jardín que he mencionado, la galería sostenida por dos pilares de hierro y pavimentada de baldozas rojas. A ambos lados del zaguán, dos persianas llenas de polvo revelaban prolongado desuso. La puerta central, cerrada también, tenía telarañas en la cerradura. Entre los rosales, que casi podía tocar con la mano, crecía libremente la hierba; y una pala cubierta de óxido, yacia contra la pared de la derecha, con el cabo enteramente liado por la guía de una enredadera parietaria. Empujé los batientes en que terminaba la reja, atravesé el patio abandonado, y no sin cierta impresión vaga de temor golpeé con mi bastón vigorosamente la puerta. Pasaron tres minutos. El viento se puso á silbar en

alguna rendija, agravando la soledad. A un segundo llamado, me pareció sentir pasos que se aproximaban. Momentos después, la puerta se abría con ese ruido cascado de la madera reseca, y el dueño de casa aparecía saludando:

—Para servir á Vd., señor; ¿qué deseaba Vd?

Presenté mi carta de recomendación. Mientras aquel hombre leía, pude observarle á mis anchas. Cabeza elevada y calva; rostro afeitado de *clergyman*; labios generosos; naríz austera; ojos friamente firmes, de un azul muy obscuro; cútis pálida. Respiraba anchamente y á prolongados intervalos. Tenía, pues, ante mí, un hombre de paz, cuya visible energía proyectada hacia la severidad, podía trocarse, al impulso de movimientos afectivos, en ese entusiasmo extático que caracteriza á la mística; pero al mismo tiempo, el valor manifiesto por su epidermis y su respiración, indicaban, dada la «base» del carácter, posibles desviaciones hacia el proselitismo, y aun exaltaciones iracundas. Las protuberancias superciliares, equilibraban, por una neta expresión de tendencias impulsivas, el desdén imperioso del mentón. En resumen, tratábase de un entusiasta-reflexivo. Definido por la inclinación profesional, aquel hombre podía ser lo mismo un general que un misionero. Procedía evidentemente de un seminario jesuita ó de un cuartel. Su conjunto resultaba una amalgama absoluta de persuación y autoridad. Era claro que su carácter no tenía más que un doblez, siendo su coyuntura la generosidad. Para llegar hasta su alma sería menester contradecirle por la duda.

Todas estas observaciones de *metoposcopia*, para emplear un término de Alta Magia, se verificaron con la rapidez á que me habían acostumbrado persistentes estudios en la ciencia de Gratiolet y Lavater. Me explicaba ya su misantropía. Un misántropo es siempre un entusiasta. Sabía, además del carácter, la manera de tratar á mi hombre, y esto era la mitad del camino. Naturalmente no se trataba sino de un cálculo de probabilidades, pero este cálculo acierta noventa veces sobre cien. Hubiera deseado mirar sus manos para completar la impresión, más solo podía verlas el dorso.

Enterado de la carta, el dueño de casa me invitó á pasar. Suprimo las mil pequeñas formalidades de la introducción, mis expresiones de gracias por la distinción que importaba aquel recibimiento, dadas las manías del personaje, y llego al comienzo de la sobremesa, que fué también el de la singular aventura cuya narración he emprendido. Mientras comíamos, no obstante la amabilidad exquisita de mi interlocutor, noté que algo inquietante le preocupaba. Bajó las cejas contraídas, su mirada, invariablemente dirigida hácia un ángulo de la habitación, insinuaba cierta impresión de angustia. Aquella insistencia provocó mi curiosidad, y de la manera más disimulada que me fué posible, arrojé

una rápida ojeada sobre el rincón. La lámpara le iluminaba perfectamente, pero nada se distinguía. Tratábase tal vez de una de esas concentraciones in voluntarias, características en los meditativos.

La conversación seguía en tono bastante animado, á pesar de este ligero incidente. Tratábase del cólera, que por aquellos días azotaba los pueblos cercanos. Mi interlocutor era homeópata y no disimulaba su satisfacción al encontrar en mí un prudente copartidario. Una frase del diálogo varió instantáneamente su tendencia. La acción de las dosis reducidas acababa de sugerirme un argumento, que me apresuré á exponer.

—La influencia que sobre el péndulo de Rutter, dije concluyendo mi frase, ejerce la proximidad de una substancia cualquiera, no depende de la cantidad de ésta. Un glóbulo homeopático determina oscilaciones iguales á las que produciría una cantidad de substancia, quinientas ó mil veces mayor.

Advertí inmediatamente que acababa de interesar con mi observación. El dueño de casa me miraba ahora de frente.

—Sinembargo, replicó, Reichenbach ha contestado negativamente á esa prueba. Supongo que ha leído Vd. á Reichenbach.

—Le he leído, sí; he atendido sus críticas, he ensayado, y mi aparato, confirmando á Rutter, me ha demostrado que el error procedía del sabio alemán, no del esperimentador inglés. La causa de tal error es sencillísima; tanto que estraño cómo no dió con ella á primera vista el sábio descubridor de la parafina y de la creosota.

Aquí, sonrisa de mi huésped. Prueba terminante de que nos entendíamos.

—Usó Vd. el primitivo péndulo de Rutter, ó el perfeccionado por el doctor Léger?

—El segundo, respondí.

—Es mejor; y cuál sería, según sus investigaciones, la causa del error del barón de Reichenbach?

—Esta: los sensitivos con que operaba, influían sobre el aparato sugestionándose por la cantidad del cuerpo estudiado. Si la oscilación provocada por un escrúpulo de magnesia, supongamos, alcanzaba una amplitud de cuatro líneas, las ideas corrientes sobre la relación entre causa y efecto, *exigen* que tal oscilación se amplíe cuando la cantidad examinada ascienda á diez gramos, por ejemplo. Los sensitivos del barón eran gentes nada versadas, por lo común, en especulaciones científicas; y quienes practican estudios como el de que tratamos, saben cuán poderosamente influyen en tales personas las ideas tenidas por verdaderas, sobre todo cuando son lógicas. Aquí está la causa del error. El péndulo no obedece á la cantidad, sino á la naturaleza,

únicamente, del cuerpo estudiado; pero cuando el sensitivo *cree* que la cantidad influye, aumenta el efecto, por la idea volitiva que es toda creencia. Mi péndulo, en que el sensitivo opera sin conocer las variaciones de cantidad, confirma á Rutter. Desaparecida la alucinación....

—Oh! ya tenemos aquí la alucinación, dijo mi interlocutor con manifiesto desagrado.

—No soy de los que explican todo por la alucinación, á lo menos confundiéndola con la subjetividad, como frecuentemente ocurre. La alucinación es para mí una fuerza, más que un estado de ánimo, y por ella, así considerada, se explican la telepatía, la levitación, la tictología, etc. A lo menos esta es mi opinión por ahora.

—Desgraciadamente es falsa, me contestó, recalcando el adverbio de un modo harto significativo. Mire Vd. Yo conocí á Samuel Home, en Lóndres, allá por 1872. Seguí luego, con vivo interés, los experimentos de Crookes, bajo un criterio radicalmente materialista, pero la evidencia se impuso con motivo de los fenómenos de 1874. La alucinación no basta para explicarlo todo; créame Vd.; las apariciones son autónomas.

—Permítame una pequeña digresión, dije—encontrando en aquellos recuerdos una oportunidad para confirmar mis deducciones sobre el personaje;—Vd. es inglés; lo sabía, y además su aspecto no deja lugar á dudas; quisiera hacer una pregunta que no exige, desde luego, contestación, si es indiscreta: ¿Fué Vd. militar alguna vez?

—Poco tiempo; llegué á teniente del ejército de la India.

—Por cierto, la India sería para Vd. un vasto campo de estudios....

—No; la guerra cerraba el camino del Tibet á donde hubiese querido llegar. Expedicioné hasta Cawnpore, nada más. De allí, por asuntos de salud, tuve que regresar á Calcuta y luego á Inglaterra; de Inglaterra pasé a Chile en 1879; y por último á este país en 1888.

—Enfermó Vd. en la India?

—Sí, respondió con tristeza el antiguo militar, clavando nuevamente los ojos en el rincón del aposento.

—El cólera? insistí.

Apoyó él la cabeza en la mano izquierda, miró lejos, por sobre mí, como buscando el horizonte. Su pulgar comenzó á moverse entre los ralos cabellos occipitales. Comprendí que iba á hacerme una confidencia, de la cual eran prólogo aquellos ademanes, y esperé. Afuera chirriaba un grillo, en conversación con la obscuridad.

—Fué algo peor que el cólera, empezó mi huésped, contestando la pre-

gunta: fué el misterio. Pronto hará cuarenta años, y nadie lo ha sabido hasta ahora. Para qué decirlo? No lo hubiesen entendido, creyéndome loco por lo menos. No soy un triste, soy un desesperado. Mi mujer falleció hace ocho años, ignorando el mal que me devoraba, y . . . afortunadamente, no he tenido hijos. Encuentro en Vd., por primera vez, un hombre capaz de comprenderme.

Me incliné en señal de agradecimiento.

—Vd., prosiguió, ha creído y ha experimentado. Lo siento por su tranquilidad, alegrándome de ello por la causa.

(«La causa», reflexioné; hé aquí el misionero; mis pronósticos se cumplian rigurosamente.)

—Es tan hermoso el apostolado de la ciencia! Y no obstante está Vd., según veo, en los umbrales; los fluídos ódicos del barón de Reichenbach no son más que el prólogo. El caso que va Vd. á conocer, le revelará hasta dónde puede llegarse por el camino inexplorado del hinoptismo trascendental.

El narrador comenzaba á animarse. Mezclaba frases inglesas con su español tiesamente gramatical. Los incisos tomaban una tendencia imperiosa, una plenitud rítmica, extraña en medio del acento extranjero.

En febrero de 1858, continuó, fué cuando perdí toda mi alegría. Vd. habrá oído hablar de los *yoghis*, esos singulares mendigos cuya vida se comparte entre el espionage y la taumaturgia; los viageros han popularizado sus milagros, que sería inútil repetir. Sabe Vd. en qué consiste la base de sus poderes?

—En la faculad de producir, cuando quieren, el auto-sonambulismo, volviéndose por ello insensibles, catalépticos y videntes, según creo.

—Es exacto. Pues bien, yo ví operar á los *yoghis*, en circunstancias que imposibilitaban toda superchería: ví arraigar y cubrirse de hojas una estaca, en veinte minutos; presencié curiosas escenas de levitación, al aire libre, en pleno sol; fotografié la estaca y el hombre suspendido, y la placa fotográfica reprodujo todo tal como yo lo había visto. Toda alucinación resultaba así imposible, pues los ingredientes químicos no se alucinan. La idea de desarrollar en mí idénticos poderes, surgió imperiosa, irresistible. He sido siempre audaz, y luego, no estaba entonces en situación de calcular las consecuencias. Puse, pues, manos á la obra.

—Por voluntad, ó por sentimiento?

—Por voluntad.

—Es más seguro; en el otro caso hay probabilidad de quedarse en la mistica, que es pasiva. Y cómo procedía Vd?

—Muy sencillamente: iba cada mañana á arrancar dos hojas de un mango colosal que se levantaba á cuatro millas de mi *bungalow*.

—Es el acto de convicción más rudimentario....

—Si, pero yo no conocía otro; por lo demás, los resultados fueron sorprendentes; en dos meses llegué á dormir; al cabo de un año producía la translación consciente. Lejos de calmarme, aquellas prácticas inquietaban mi vida. Una especie de sed febril me devoraba. Estaba en la pendiente y ya no podía detenerme. Tal vez avanzando hasta el fin consiguiera desvanecer la tristeza que me embargaba. Por una contínua tensión de voluntad, conseguía salvar las apariencias ante el mundo. Pero, poco á poco, el poder despertado en mi se volvía más rebelde. Una distracción prolongada, ocasionaba el desdoblamiento. Sentía mi personalidad fuera de mí, mi cuerpo venía á ser una afirmación del *no yo*, diré expresando concretamente aquel estado. Como las impresiones se avivaban, produciéndome angustiosa lucidez, resolví una noche ver mi doble.... ver *qué era lo qué salía de mí, siendo yo mismo*, durante el sueño extático.

—Y lo consiguió Vd?

—Fué una tarde, aquí en este mismo sitio; el desprendimiento se produjo con la facilidad acostumbrada. Una enérgica proyección de voluntad me sumergió en un vértigo tenebroso. Cuando recobré la conciencia, ante mí, en aquel rincón que miraba durante la comida con tanta insistencia, había una forma. Y aquella forma era un mono, sí, un horrible animal que me miraba fijamente! Desde entonces ya no se separa de mí; le veo constantemente; soy su presa. A donde quiera que *él* vá, *voy* conmigo. Está siempre despierto; *me* mira constantemente, pero no *le* acerca jamás, no *se* mueve jamás, no *me* muevo jamás!....

Subrayo los pronombres trocados en la última frase, tal como fué pronunciada. Una sincera aflicción me embargaba; era evidente que el hombre padecía de una sugestión espantosa.

—Cálmese Vd., le dije, aparentando serenidad; la reintegración no es imposible.

—Oh, sí! respondió con desesperación; ya está muy viejo esto; figúrese Vd., he perdido el concepto de la unidad; sé que dos y dos son cuatro, por recuerdo, pero ya no creo en ello; el más sencillo problema aritmético carece de sentido para mí, y no sé resolverlo, pues me falta la convicción de la cantidad.....

Era, á no dudarlo, un caso curioso de alucinación, que no impedía el más perfecto raciocinio.

—Pero en fin, ese mono.... ? pregunté para agotar el asunto.

—Es negro, profundamente negro, y melancolico á modo de un viejo bonzo. La descripción no puede ser más exacta, pues le estoy viendo en este mismo instante. Su cara es como la de todos los del género. Su estatura, mediana. No obstante, siento que se parece á mí. Hablo ahora con entero dominio de mis facultades; he reaccionado plenamente. Además, lo que estoy diciendo es tan grave, que no puede ser sino una verdad ó una locura —jamás una farsa. Ese animal se parece á mí!

Aquel hombre, en efecto, estaba sereno; y sinembargo, la idea de una cara simiesca formaba tan violento contraste con su rostro de aventajado ángulo facial, su cráneo elevado y su nariz recta, que no pude disimular un movimiento de incredulidad, harto esplicable sin duda. Era el loco más original que podía encontrarse; hé aquí mi fallo.

El notó perfectamente mi duda; se puso de pié como adoptando una resolución definitiva:

—Voy á pasearme á lo largo de este salón, para dar á Vd. una prueba; observe Vd. mi sombra mientras tanto.

Levantó la luz de la lámpara, hizo rodar la mesa hasta un extremo de la habitación, y comenzó á pasearse. Entonces la más grandes de las sorpresas embargó mi espíritu. La sombra de aquel hombre no se movía! Proyectada sobre el misterioso rincón, de la cintura arriba, la parte inferior sobre el piso de madera clara, parecía una mancha de tinta alargándose y acortándose según que los pasos se acercaban ó alejaban. No podía yo notar desplazamiento alguno, bajo las variadas incidencias de luz en que á cada movimiento se encontraba el hombre.

Alarmado al suponer en mí el contagio de tan peligrosa sujestión, resolví, para convencerme, intentar un esperimento decisivo. Pedí á mi huésped que me permitiera obtener su silueta pasando un lápiz sobre el perfil de la sombra. Concedido el permiso, fijé un papel con cuatro migas de pan mojado, hasta obtener la más perfecta adherencia posible á la pared, y de manera que la sombra inmóvil del rostro quedase en el centro mismo de la hoja. Quería, como se vé, probar por la identidad del perfil entre la cara y su sombra, el origen de ésta, con la intención de explicar luego su inmovilidad singular, teniendo asegurada una base exacta.

Mentiría si dijera que mis dedos no temblaron un poco al posarse en la mancha sombría que se recortaba sobre la blanqueada pared. Pero afirmo de la manera más terminante que el pulso no me falló en el trazado. Hice la línea sin levantar la mano, con un grueso lápiz «Hardtmuth», azul, y no despegué

la hoja, concluído que hube, hasta no hallarme perfectamente convencido, por una escrupulosísima observación, de que mi trazo coincidía perfectamente con el perfil de la sombra, y éste con el de la cara del sugestionado.

Mi huésped seguía la experiencia con inmenso interés. Cuando me aproximé á la lámpara, llevando la hoja en mi mano, ví temblar y palidecer las suyas. El corazón me palpitaba violentamente, como presintiendo un angustioso desenlace.

—No mire Vd! dije.

—Miraré! me respondió, con un acento tan imperioso, que á pesar mío, puse bruscamente la hoja ante la luz. Ambos palidecimos de una manera horrible.

Allí, ante nuestros ojos, la ancha raya de lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial. El mono! El animal terrible!

Y conste que yo no sé dibujar.

LEOPOLDO LUGONES.

POR LAS PUERTAS DE ORO

Por M. C.

(CONTINUACIÓN)

EL ESFUERZO INICIAL

No existe un solo punto de la vida ó de la experiencia de un hombre, que no esté contenido dentro del alma de todas las cosas. Esta alma, esencia sublime, que llena el espacio con sus brillantes resplandores, está allí, detrás de la materia que ella colora con su propia luz.

Siendo esta alma, por su naturaleza, universal, no existe ningún sendero especial que á ella conduzca. Las puertas de oro no llevan á ningún paraje determinado; sólo se abren para dejar salir de un espacio circunscripto, y el hombre que pasa por ellas se desembaraza de sus limitaciones; pero

tiene que romper la muralla que le intercepta la luz, desgarrar el velo que le oculta lo eterno.

Muchos buscan el camino con la ayuda de su sólo criterio y establecen leyes arbitrarias y limitadas á fin de alcanzar lo que para ellos es inaccesible. Algunos esperan pasar por medio de la religión, y, en vez de conseguir su objeto, han formado con sus pensamientos y sus sentimientos un círculo de hierro tan poderoso, que largas edades parecen insuficientes para hacerlos salir de allí. Otros, en fin, han buscado por la vía de la inteligencia; y á ellos debemos la filosofía y la metafísica que han librado á la razón de una completa inmersión en el sensualismo. Sin embargo, el destino del hombre que se esfuerza en vivir únicamente por el pensamiento, lo condena á ser presa de sus fantasías. Grande es nuestra deuda hacia los metafísicos y trascendentalistas; pero, quien en todo los imite, olvidando que el cerebro no es más que un órgano de que nos servimos, se verá arrastrado hácia donde la rueda monótona del argumento parece girar eternamente sobre su eje, sin adelantar en su marcha alrededor de un mismo punto.

Los que practican la virtud, como medio de merecer una recompensa, creen que han encontrado el camino del cielo. Lo será tal vez del cielo éticamente voluptuoso del sibarita moderno, pues cuando la gratificación es el objetivo del virtuoso, no hace más que perseguir un placer, aunque su misma vida sea un modelo de abstinencia y de sacrificio. Para él, el placer toma un aspecto encantador, porque sus gratificaciones le producen una dulce voluptuosidad, la de procurar el goce á los demás, sin disputarlo él mismo á sus espensas.

Pero la vida pura y los pensamientos elevados no valen en sí, más que cualquier otra clase de placeres, y el que quiera encontrarlo en esa forma de emociones, debe de intentificar y repetir continuamente sus esfuerzos— y siempre en vano.—Sus tentativas lo llevarán á un lugar árido donde el bien es hecho por fuerza, y donde el acto de virtud aparece desprovisto del amor que debería brillar á través de él.

Es bueno que el hombre lleve una vida pura, como es bueno que tenga las manos limpias; de otro modo sería repugnante. Pero la virtud bien entendida no puede, como no puede tampoco ninguna parte de nuestra constitución, tener relación especial con el estado más allá de aquel á que estamos limitados.

El espíritu no es un gas creado por la materia, y no podemos crear nuestro porvenir por el uso forzado de un agente material con esclusión de los demás. El espíritu es la gran vida sobre que reposa la materia, como este

mundo de piedra reposa sobre el éter libre y fluido, y cada vez que pode mos romper nuestras barreras, nos encontramos en ese oceano maravilloso tdonde Wordsworth vió un día el resplandor del oro. Cuando llegamos allí odo el presente debe desaparecer indistintamente; la virtud y el vicio, el pensamiento y los sentidos.

Naturalmente, debe ser verdad que el hombre recoje lo que ha sembrado; pero él no tiene el poder de llevar consigo la virtud, que es de la vida material. Sin embargo, el aroma de sus buenas acciones es un sacrificio mucho más agradable que el olor del crímen y de la crueldad. Pero tampoco deja de ser posible que, por la práctica de la virtud, se encierre en un modo único é inmutable de vida en la materia, y que se encadene tan sólidamente á ella, que ni la misma muerte sea bastante poderosa para libertarlo de sus lazos.

El hombre que levante las barras de las puertas de oro, debe hacerlo con su propia y fuerte mano: - debe ser absolutamente positivo. Podemos verlo por analogía.

En todas las demás circunstancias de su vida, en cada paso hacia adelante, en todo desarrollo nuevo, el hombre necesita ejercitar una voluntad dominante para conseguir un éxito completo. Y aún, en muchos casos, aunque haya tenido todas las facilidades imaginables, aunque haya usado de su voluntad hasta cierto punto, deja de obtener plenamente lo que desea si le falta la resolución final é inquebrantable.

La educación sola no basta para hacer de un hombre una gloria intelectual, aún cuando sus energías sean grandes, pues, á menos que desee positivamente alcanzar la perfección, no lograría otra cosa que convertirse en un árido erudito, en un traficante de palabras, en una celebridad del pensamiento mecánico, en un simple registro de memoria; mientras que aquel que tenga en sí mismo esta cualidad positiva, se elevará á despecho de las circunstancias adversas, levantándose como un jigante en el sitio que desea alcanzar. Vemos esto todos los días, en todos los caminos de la vida.

Sin embargo, no basta que el hombre haya pasado á través de las pasiones y haya destruido la parte dogmática y estrecha de su naturaleza, para franquear estas inmensas puertas. Además de haber vencido los prejuicios, además de desligarse de los senderos trillados del pensamiento, necesita, á fin de ograrlo, poner en acción á la voluntad positiva.

Indudablemente, la tarea es dura. ¡Desembarazar á un hombre de sus prejuicios, de todos los pensamientos cristalizados, de todas las limitaciones y desenvolver al mismo tiempo su voluntad positiva, parece casi un milagro,

pues en la vida ordinaria, la voluntad positiva, generalmente está asociada á las ideas cristalizadas. Pero muchas cosas parecen imposibles de realizarse, y sin embargo lo han sido, aún en la estrecha experiencia de la existencia de la humanidad. Todo el pasado nos revela que la dificultad no excusa el desaliento, ni menos la desesperación; de otro modo el mundo se vería privado de las maravillas de la civilización. Hay que encarar, por lo tanto, el problema, después de habernos habituado á la idea de que su solución no es imposible.

La mayor dificultad inicial es la de dirijir nuestro interés á lo invisible. Sin embargo, esto sucede todos los días, y no tenemos más que observar la manera cómo ello ocurre, para guiar nuestra propia conducta. Todo inventor refiere firmemente su interés á lo invisible, y su éxito ó no éxito depende de la intensidad con que lo hace.

El poeta que considera sus horas de creación como el único propósito de su vida, vé lo que es invisible, y oye lo que no tiene sonido.

Probablemente esta última analogía contiene el hilo que puede guiarnos con éxito en este viage hacia lo desconocido, de donde «ningún viagero vuelve»; hilo que puede también servir al inventor y á todos aquellos que sobrepasan el común nivel mental y psíquico de la humanidad. El está contenido en esta palabra: Creación.

II

El espíritu ordinario atribuye á menudo á la palabra «crear» el sentido de producir algo de la nada, y, evidentemente, tal no es su significado.—El labrador, por ejemplo este tipo del productor social, necesita de materiales; necesita la tierra, el cielo la lluvia, el sol y la semilla. De la nada, nada puede producir. La Naturaleza no puede salir del vacío, y más allá del Universo limitado que nuestra mente se ha complacido en imaginar, existen los elementos que laconstituyen. Es un hecho innegable que las semillas y la tierra, el aire y el agua que las hacen germinar, existen en todos los planos de actividad.

Si conversais con un inventor, descubrireis que tras del plan que se propone realizar, percibe nuevas proyecciones, que no puede espresar por palabras, porque no las ha concretado todavía por completo en el mundo de las formas.

Esta intuición de lo invisible existe más netamente definido aun en el poeta, el cual tampoco lo puede exteriorizar hasta el momento en que se identifica

con él, por medio de una parte de esa conciencia que tiene en común con los demás hombres. Pero es justamente en proporción de su génio, que se transporta con mayor ó menor éxito á ese otro estado de conciencia, cuya realidad misma niega el hombre ordinario; conciencia que habita un Universo más grande, que respira un aire más vasto, que contempla un cielo y una tierra de horizontes más amplios, y que le permite cosechar los granos de las plantas gigantes.

Ese estado de conciencia es el que debemos alcanzar.

El no es solo el patrimonio de los hombres de génio; muchos héroes lo han descubierto y habitado también. Más todavía, para transportarse á él no basta un gran génio: se necesita, además, una gran alma.

(*Continuará.*)

PENSAMIENTOS

No hacer á otro lo que no queremos para nosotros; ved la justicia. Hacer á otro lo que quisiéramos en toda circunstancia se hiciese por nosotros; ved la caridad.

(*Eliphas Lévi*).

Nada es perdido ni olvidado. Los lazos que unen á las almas á través de los tiempos, son tejidos con beneficios del pasado.

(*Id. id.*)

El sol no espera á que se le suplique para derramar su luz y su calor. Imítale y haz todo el bien que puedas sin esperar á que se te implore.

(*Epicteto*).

El poder habita en el silencio y el secreto, en el pensamiento más que en la palabra, en la mirada más que en los golpes.

(*Sentencia Oriental*).

Un espíritu débil es como una lente, que abulta las cosas insignificantes, pero no puede percibir las grandes.

(*Id. id.*)

Sé caritativo al juzgar la conducta de tus semejantes, porque no siempre estarán á su alcance *los móviles ocultos* de las acciones humanas.

*
* *

Sé tolerante con todas las opiniones, pues la verdad se oculta muchas veces en lo más hondo del error.

ECOS DEL MUNDO TEOSOFICO

Convención anual de la Sección Europea

La octava Convención anual de la Sección Europea de la Sociedad Teosófica, se reunió en Lóndres el 9 y 10 de Julio último, estando presentes los delegados de España, Francia, Alemania, Italia, Suiza, Bélgica, Suecia é Inglaterra, así como algunos miembros de la Sociedad Teosófica de la India y Norte América

El vice-presidente de la Sociedad Teosófica, fué elegido presidente de la Convención.

Después de aprobadas las actas de las sesiones del año anterior, Mr. Chakravarti felicitó en breves palabras á los miembros de la Convención, en nombre de la Sección de la India.

Le siguió en el uso de la palabra, la señorita Weeks, quien leyó una carta del secretario general de la Sección Norte Americana, haciendo notar los grandes resultados obtenidos por la misma, pues en dos años ha crecido de 15 á165 el número de sus Ramas.

En seguida tomaron la palabra, Mr. Van Moncu, en nombre de la Sección holandesa; y la Condesa de Wachtmeister, en nombre de la Sección escandinava.

La señora A. Besant, propuso un voto de agradecimiento á Mr. Mead, se-

cretario cesante de la Sección europea, el que fué sancionado por unanimidad; Mr. Cuffe, secretario actual, dió lectura del informe anual, en el que se demuestran los grandes resultados obtenidos por la Sociedad, debido al trabajo constante y desinteresado de sus miembros.

De dicho informe resulta, que se dieron numerosas conferencias, que se ha distribuido una gran cantidad de obras de propaganda, que se han fundado varias bibliotecas, y que ha aumentado el número de revistas teosóficas.

Terminada la lectura del informe, el secretario leyó telegramas y cartas de felicitación á la Convención, enviadas por miembros y Ramas de Suecia y Noruega, Australia, Nueva Zelandia, Rusia, España, Alemania y Escocia.

El Dr. Pascal, de Toulon, leyó en francés una carta del capitán de navío señor Courmes, pidiendo que la Sociedad Teosófica fuera dignamente representada en el Gran Congreso de la Humanidad, que tendrá lugar en 1900, con motivo de la Exposición Universal.

Dicha moción, fué pasada al Comité Ejecutivo, con recomendación de acordarle una especial atención.

Después de algunas palabras de Mr. Fasset, abogando por la adopción de un idioma universal, tendiendo así, al cumplimiento del primer punto del programa de la Sociedad Teosófica, terminó la primera reunión con un discurso del presidente.

Las siguientes Ramas enviaron su informe anual:

North of England Federatión,
South Western Federatión,
The Alpha Centre,
Blavatsky Lodge,
Bournemosth,
Brighton,
Bristol Lodge,
Edimburgh Lodge,
Hampstead Lodge,
Harrogate,
Leeds Lodge,
North London,
Thornton Heath Lodge,
West London Lodge,
Rama Ananta,
Rama de Niza,
Rama de Hamburgo,

Rama de Roma,
Rama de Madrid,
Rama de Zürich.

Existen actualmente en Europa 63 Ramas y Centros teosóficos.

La Convención dió por terminados sus trabajos, el 10 de Julio, á las 7 p. m., y ante esa numerosa asamblea, pronunció Mr. Mead un discurso sobre «la última resurrección de las enseñanzas del Cristo», habiendo hablado la señora A. Besant, sobre la Sociedad Teosófica y el Pensamiento moderno.

ACRADECIMIENTO

Agradecemos á nuestro colega la revista «Constancia», las palabras de aliento y de afecto que nos ha dirigido con motivo de la aparición de «Philadelphia».

La publicación de nuestro programa por ella, y las benévolas expresiones que nos dispensa, son una prueba elocuente de los sentimientos de verdadera fraternidad que la animan. Reciba, pues, la manifestación de nuestro sincero reconocimiento.

REVISTAS TEOSOFICAS RECIBIDAS

«Sophía», Madrid, Agosto,—Caracter Esotérico de los Evangelios, H. B, B; Génesis.

Arturo Soria y Mata, En el Crespúsculo, La Seroterapía, etc.

«The Theosophist», Madras, Julio, «Antiguas hojas de un diario», H. S. Olcott.

«Evolución nacional contemporanea», W. A. Mayers, «Apuntes sobre adivinación», S. Stuart, etc.

«Theosophía», Amsterdam,—Julio,—«Dogmas», Afra, «El Tao-te-king», J. van Manen; etc.

«Teosofía», Roma. Julio—«Reencarnación», Dr. Pascal; «Corroboración científica de la Teosofía», Olga Giaccone.

«Le Lotus Bleu», Julio, «El Devacan», Leadbeater; «Resultados producidos por la evolución», Annie Besant, «De la Oración», A Besant; «Variedades ocultas», Lespinois; «El Budhismo en el Japon», Balfour; etc.

Nuestra Bibiloteca también se ha enriquecido este mes con las siguientes publicaciones donadas por las Ramas de Barcelona y de Amsterdam, á las que enviamos nuestros más expresivos agradecimientos:

Antakarana (colección completa).

Annie Besant.—De Zeven Beginselen van den Mensch.

Id —Vier Voordrachten over the sofie.

Id —Levenstoestanden na den dood.

Id —De evolutie der Ziet het does van het Leven.

Id —Kort begrip der Theosophie.

Id —Joga—voor den mensh in de Maatschapjiz.

H. Snowden Ward—Karma en Re-sucarnatu.

Multaspero—Curste Kennismaking met de Theosophie.

Alfra—Cenvoudige schets van de Theosophie.

Lorenzo—De Theosofische vereniging en best doel dat zij beoogt.